

A Maritxu Méndez

(Que vivía en Alicante y en mi corazón)

Desde que he osado colarme en este complicado universo de la literatura sólo discurso de tristezas. Mi pensamiento es un pájaro melancólico de pluma gris y lánguido vuelo, que planea a duras penas sobre el papel. Sus nidadas, esas historias que cuento a veces en primera persona, a veces en tercera creo que para despistar, nacen con desgana, más bien mustias y quebradizas, y luego, tal como corresponde a criaturas tan anérgicas, pían apagadamente y poco. Supongo que si me hubiera dado por la música todo me saldría en plan pavana, a qué engañarse. En fin, que algún viejo amigo, por íntimo inevitable estudioso de mi persona, me dice que no debo quejarme de mi estilo, que es normal tenerlo así de pardo cuando se trae retraso ferroviario en esto de largar por escrito, que si "mira los resultados", y que bla-bla todo por ahí. Conociéndole, sé que lo de la "demora", aparentando eufemismo sobre la edad, no es otra cosa que sarcasmo, pero, en todo caso, no entiendo cómo es posible justificar un *tempo* literario tan sólo con la coña ésta de ser mayor. Tiene que haber algo menos biológico, no tan simplista. Por ejemplo, situación o particularidad. Lo que me lleva directamente a alinear estas opacidades mías con la tesis orteguiana del "Yo soy: yo y mi circunstancia". Es decir: yo y mi mundo que se agrieta. Pura "razón viviente". Pues no se hable más, me apunto el raciovitalismo ya que sólo él explicaría el hecho de que mi sentido del humor, otrora a prueba de bomba (nuclear), esté de capa caída. Que lo noto muy desmejorado, sí, casi anémico. Incapaz, a todas luces, de hacerse con el mando de mi punzón electrónico. No termina de amanecer por mis orientes, y el errático rumbo de la herramienta se mueve por las zonas más lóbregas de mi cabeza. Me amenaza una escasez extrema y empieza a ser imperativo que haga algo urgentemente para aliviar esta penuria vital que me oprime. Ir al médico, no sé, aunque, dado el panorama, seguro que la receta ya no está



en la lista. Jopé. Bueno, Mertxe -y aquí mis instintos maternos se hacen endógenos-, no te rindas, sigue con la pupila en el Este, que si no pillas el equinoccio de marzo, pillarás el de septiembre, y, pareados aparte, entonces, ...entonces ¡mutatis mutandis!, seré libre y será la pera. A destajo crearé mundos cautivadores por donde pululen personajes tan controvertidos, tan sorprendentes como a mí me gustan: apasionados y tibios, misteriosos y algo bocazas, buenos y pelín malvados. Pero todo, virtudes y defectos, en tono

menor -ma non troppo, que se dice-. Me ocuparé de que toda esa gente de papel viva su ni fu ni fa sin estridencias y, a tal efecto, les dotaré de un trasfondo de sombras coloreadas (como hacían los impresionistas para modificar la rotundidad de los objetos), así estableceré mejor la ambigüedad del cotarro. Por ejemplo, sus reacciones nunca serán lo que parecen, o al revés. Qué sé yo los líos que voy a formar. Eso sí, mis héroes no serán nada ambiguos, muy al contrario, porque reservaré para ellos todo el esplendor de la elegancia trasnochada y conmovedora de aquel señorito *tío Elliot* de Somerset Maugham; aquél que, en *El filo de la navaja* es, por sí mismo, toda la novela. Resumiendo, que en un humor agridulce, ligero y confortable tendrá cátedra y presidirá todos mis actos literarios. Ya digo. Pero...

Pero la tía Maritxu se ha muerto ayer, y así no hay manera. Mi pensamiento es, más que nunca, un pájaro melancólico. Y ese antiguo y freudiano amigo seguirá sosteniendo, erre-que-erre, que mis grisallas se deben a que estoy muy crecida. ¡Qué majadero! ¡Qué majadero!

"*Dame un beso, sobrina, que me parece que va a ser el último*", me dijo con voz temblorosa. Me fingí escandalizada, le llamé boba y le dije cosas tan edificantes como que ella tenía cuerda para rato, que lo importante era el espíritu joven. Y demás etcéteras de uso tópico. Claro que ni me contestó. Se agarró a la barandilla y comenzó a

bajar los escalones a pasitos cortos y sincopados. Llegando al rellano se volvió para lanzarme lo que prometía ser una de aquellas miradas de su cosecha. Yo conocía muy bien el brillo tornasolado de sus ojos, los visos que exactas dosis de ternura y malicia dejaban por todas partes un fuego graneado de chispitas. Sin embargo, nada fusiló el aire esa tarde; en cambio, un escalofrío me arañó la espalda. Continuó bajando la escalera. El ruido de sus taconitos, tip-tip-tap-tip-tip, se ha quedado alojado para siempre en mis oídos y es casi seguro que, en adelante, cuando su recuerdo decida visitarme se pondrá zapatos de tacón y llegará, como un morse del pasado, por ahí, por mis orejas.

No quisiera meterme en obituarios pero si a estas alturas no digo que mi tía Maritxu era menuda y pizpireta, que se reía a carcajadas pequeñitas y rizadas, y que utilizaba un oyess a manera de apóstrofe efervescente, si no digo todo esto y algo más que pienso añadir, no estaría nada, pero nada bien. Así que mi estrambote versará sobre la Maritxu que más quise: la "tía Taritxu", que me invitaba a pasar los "sanmarciales" y preparaba unos cocidos fastuosos; aquella que se mueve por mi infancia como Pedro por su casa, porque es dueña indiscutible de los clarines y trompetas que todavía en aquellas calendas se dejaban oír por las troneras de mi almita de niña. A esa "tía Taritxu" yo la quería a rabiar, pero con la violencia de una crecida fluvial en los días previos a las fiestas de Irún. Cuando por fin veía a mi padre preparándome la maleta para expedirme puerta a puerta (con sospechosa diligencia, hay que decirlo), a la calle Fuenterrabía, entonces, sólo entonces, las aguas recuperaban su cauce. Después, en su casa, es decir en la gloria, yo encontraba todo cuanto una niña-hija-única podía desear: compañía. Y la compañía iba vestida de Jesusín (mi trémulo y azul primo Jesusín), de cuyo pecho surgían ahogados murmullos que a mí me parecían parloteos de angelitos; la compañía también era rubia, redondita y feliz, se llamaba prima Mari Carmen y no paraba de cantar canciones sobre niñas que se casan con marqueses, y eso; la compañía era, desde luego, mi tío Vicente y su atronadora moto-

cicleta. Pero la compañía se tornaba multitud apabullante con la llegada de los amigos maquinistas de tren de mi tío: gentes que olían a aceite, a hierro, a paisaje fugitivo, que nos daban unas propinas desorbitadas, inflacionistas. Aún podría hablar del cuarto de los juguetes, incluso de juguetes siempre como a punto de estrenar (no como los míos, que parecían restos de una disección), sin embargo cerraré aquí el inventario de las maravillas individualizadas para glosar ese quinto piso de la calle Fuenterrabía como un enclave de inagotables jolgorios que tenían su culminación por la tarde, cuando nos llevaban a las ferias. Allí, entre viaje y viaje en todo lo que se movía, nos atracábamos de churros, caramelos y helados. La ropa terminaba como un crisol de colores y sustancias pero jamás oí a mi tía quejarse; ni siquiera el día de San Marcial (boina y faja rojas, el resto níveo), al final de la jornada, cuando en la cocina nos desprendíamos a duras penas de un uniforme estampado y maloliente.

La tía Maritxu se quedó sin su niño azul. Fue -qué asco de destino- en uno de esos días de fiesta, no de Irún, no, de Rentería. En plenas "magdalenas", al chaval se le enmudecieron los cuchicheos del pecho y más tarde lo vimos, quietecito y oscuro, arropado por un gentío de flores que soñaban la eternidad. Yo juraría que el mundo dio un frenazo y por un tiempo difícil de calcular se quedó como desconcertado en medio de una órbita inconclusa. Después el tiempo trajo más quebrantos, ¿y qué? si aquella mujer era un vientecillo al trote, un aire infatigable y refrescante. En ocasiones, lo sé bien, la criticaban. *La Maritxu parece de cartón, nada la afecta.* Pero la Maritxu seguramente tenía un padrino que la mantenía al paio en las peores tempestades. ¿Que quién? Se me ocurre que tras sus pícaros ojillos un tal Zenón podía muy bien haber instalado su pórtico. Mi tía Maritxu se ha muerto ayer, ha doblado la esquina imprecisa. ¿Será verdad que en las profundidades de la caja de Pandora sobrevive la esperanza? Porque, de ser cierto, es posible que la calle siga y que los taconitos de mi tía Maritxu, tip-tip-tap-tip-tip, ya estén resonando por las avenidas del paraíso. Que así sea, tía Taritxu, que así sea.